

En mis comentarios me guía la idea de que la intención de Hume es explicar y encontrarle un lugar a la moral como un fenómeno natural dentro de su ciencia de la naturaleza humana. El *Tratado* es un ensayo de epistemología naturalizada (haciendo nuestra la conocida noción de Quine) y de moralidad psicologizada. El que seamos capaces de adoptar el punto de vista del espectador juicioso es un rasgo central de la vida humana, que debe ser explicado mediante los principios psicológicos que Hume ha establecido en los libros I y II. El libro III es una aplicación y elaboración de gran parte de lo que ha expuesto previamente.

§2. LA CONCEPCIÓN HUMEANA DE LA SIMPATÍA

1. La simpatía se analiza en §11 de la parte II del libro III (T:316-320) y es resumida después en el párrafo 7 de III:iii.1 (T:575 y sig.). La concepción de la simpatía nos muestra la seriedad con que Hume intenta sentar las bases de su concepción moral en una ciencia de la naturaleza humana. Un sentimiento tan básico para el hecho natural de la moralidad exigía una fundamentación en su teoría de las pasiones. A continuación presento un mero esquema:

En primer lugar, presenciamos, digamos, ciertos signos en la conversación, en el rostro y en el comportamiento de los otros que, sobre la base de nuestra experiencia, despiertan en nosotros la idea del sentimiento o emoción que suponemos (o inferimos) están experimentando. La explicación de que surja esta idea en nosotros se encuentra en la pasada asociación de estas ideas en nuestra experiencia: previamente en nuestras vidas, ciertos sentimientos y emociones nos han hecho comportarnos regularmente como ahora vemos comportarse a los otros.

En segundo lugar, la idea del sentimiento que les suponemos a los otros es entonces convertida en una intensa impresión de dicho sentimiento, en virtud de la impresión, siempre presente, de nuestro yo en nuestra conciencia. De hecho, esta impresión de nuestro yo es tan intensa que nada puede superarla en vivacidad e intensidad.

De esta forma, la vivacidad con que concebimos a otras personas depende de lo estrecha que sea su relación con nuestro propio yo, de lo similar que sea nuestra concepción de ellas a nuestra concepción de nuestro yo.

Obsérvese aquí que no discernimos directamente los estados mentales de los demás. Es siempre una cuestión de inferencia a partir de su comportamiento y de sus acciones externas. Dice Hume: «Ninguna pasión ajena se descubre inmediatamente a la mente. Sólo somos sensibles a sus causas o efectos. De éstas inferimos las pasiones y son éstas, en consecuencia, las que dan origen a nuestra simpatía» (T:576). Finalmente, el grado de similitud que nos reconocemos con los demás aumenta conforme reconocemos que sus deseos, pasiones e inclinaciones se parecen a los nuestros y que sus peculiares maneras y su cultura y lenguaje son similares a los nuestros. También aumenta con el grado de proximidad que tenemos con ellos: a través, por ejemplo, de los lazos familiares, de los vínculos de familiaridad y amistad, etc.

Cuando todos estos aspectos operan conjuntamente, nuestra impresión del propio yo, siempre presente y supremamente intensa, convierte nuestra idea de las pasiones ajenas en una impresión de reflexión. Esa intensa impresión del yo transmite suficiente energía a la idea de la pasión ajena como para elevarla a pasión propia.

2. Dejo de lado, pues no necesita comentario, la semejanza entre esta concepción de la simpatía y la explicación de la conexión causal en I:iii. Apuntaré en cambio dos peculiaridades sobre ello. En primer lugar, no es una concepción de la simpatía tal como la entendemos normalmente, sino más bien de lo que podríamos llamar el sentimiento transmitido. Explica la simpatía como un tipo de contagio, o incluso de infección, que tomamos de otros como si se tratara de una especie de resonancia de nuestra naturaleza en la suya. Esto se desprende de lo que dice Hume más tarde en el párrafo 7 (T:575 y sig.): «Podemos comenzar examinando de nuevo la naturaleza y fuerza de la simpatía. Las mentes de los hombres son similares en cuanto a sentimientos y operaciones, y ninguna puede ser accionada por afecto alguno al que los otros no sean, en algún grado, sensibles. Así como las cuerdas entrelazadas se comunican el movimiento de una a otra, así pasan fácilmente de una persona a otra todos los afectos, engendrando los correspondientes movimientos en cada criatura humana».

Según Hume, parecería que cuando por simpatía nos hacemos una idea del sentimiento de otra persona, esa misma idea cobra vida hasta convertirse en el mismo sentimiento en nosotros. Pero, en realidad, cuando simpatizamos con alguien que, por ejemplo, está enfermo, no tenemos el mismo sentimiento que esa persona tiene. Si alguien se siente humillado por los estragos que ha causado la enfermedad en su aspecto, dejándole débil y abatido, lo sentimos por él, ciertamente, pero no nos sentimos humillados. Su estado puede suscitar en nosotros un deseo de confortarlo y ayudarlo, pero esta clase de deseo no es lo que describe Hume. Lo que él describe es un sentimiento transmitido. Se nos concibe así como seres pasivos que no se sienten movidos a hacer nada que promueva el bien de otro, como en el caso de la simpatía propiamente dicha.

3. Menciono brevemente una segunda cuestión. ¿Cómo hemos de interpretar la mención de Hume de la impresión o concepción del yo, de la que dice que está siempre íntimamente presente en el más alto grado de vivacidad (T:317)? Es esta impresión o concepción —Hume usa ambos términos— la que da a la idea del sentimiento ajeno la intensidad de una impresión.

Ahora bien, esta impresión del yo no puede ser una simple impresión, puesto que Hume dice en I:vi:4 que no hay tal impresión. Podríamos conjeturar, como hace Kemp Smith, que II es anterior a I, y que Hume es simplemente inconsistente. Pero intentemos evitar decir eso. Supondremos, antes bien, que el sentido preferido por Hume puede ser la concepción que usó en II en conexión con el orgullo. Allí dice (T:277): «Este objeto es el yo, o esa sucesión de ideas e impresiones relacionadas de que tenemos memoria y conciencia íntimas». Y más adelante «esa sucesión conectada de percepciones que llamamos nuestro yo». Y dice también (T:340): «Considerado como algo independiente de la percepción de cualquier otro objeto, nuestro yo no es nada. Ésta es la razón por la que volvemos nuestra mirada a los objetos externos y nos resulta natural examinar con la mayor atención lo contiguo o semejante a nosotros mismos».

Para nuestros limitados propósitos aquí, quizá sea mejor decir que Hume concibe el yo como esa sucesión conectada de percepciones de la que tenemos una memoria y conciencia íntimas, cuya viveza se mantiene dirigiendo nuestra atención hacia las personas que se nos asemejan y a las cosas que nos pertenecen.

4. Otras dos observaciones más sobre la concepción humeana de la simpatía:

Una es que su concepción acentúa la *parcialidad* de la simpatía: simpatizamos más con aquellos que son como nosotros, próximos a nosotros, similares a nosotros en cultura y lenguaje. No se ha de confundir la simpatía con el amor a la humanidad en cuanto tal —no hay tal cosa—; además, se extiende más allá de nuestra especie, pues simpatizamos con los animales (T:481).

La otra observación es que la parcialidad de la simpatía muestra el papel crucial del punto de vista del espectador juicioso en punto a corregirla. Para que este punto de vista sirva como base del juicio moral, una parte fundamental debe desempeñar alguna forma de razón, que trabaje en colaboración con la imaginación. De hecho, insistiré en la cuestión de hasta qué punto, hablando con rigor, es en absoluto necesaria la simpatía, en el sentido de Hume o en el nuestro.

§3. LA PRIMERA OBJECCIÓN: LA IDEA DEL ESPECTADOR JUICIOSO

1. Vayamos ahora a los párrafos 14-18 (T:580-584), donde Hume discute la primera de las dos objeciones a su idea de que la simpatía es la base de las distinciones morales. Es al replicar cuando introduce el punto de vista del espectador juicioso. La objeción es que nuestras simpatías reales no son sólo altamente variables sino, como acabamos de observar, altamente parciales y ampliamente influidas por nuestras afinidades con las personas cercanas a nosotros en el espacio y el tiempo, y similares a nosotros en lenguaje y cultura, en intereses compartidos y en lazos familiares. Fuera de un pequeño círculo de familia y amigos, no es probable que compartamos los mismos intereses con nadie más.

Sin embargo, sí coincidimos más o menos en nuestros juicios morales. Este acuerdo general lo acepta Hume como un hecho: no hay que dudar de él sino más bien explicarlo mediante los principios psicológicos de su ciencia de la naturaleza humana. Hoy estamos menos seguros de este acuerdo: a menudo parece algo que hay que alcanzar. Y, aun así, podemos pensar que sólo merece ser alcanzado en las cuestiones más esenciales.